La posada que admitía al invierno

La viajera llegó a la posada cuando empezaba a caer nieve de una maleta cerrada.

Tilo la vio cruzar el umbral con los zapatos secos y el cabello cubierto de polvo del camino. Era pequeña, llevaba un abrigo demasiado ligero para la frontera y sostenía el equipaje como quien transporta un animal dormido. Cada pocos pasos, un copo blanco escapaba por la cerradura de la maleta y se deshacía sobre las tablas.

—Necesito una habitación para mí y otra para lo que viene detrás —dijo.

A Tilo le pareció una petición extravagante hasta que oyó llamar a la puerta. El segundo huésped tenía la estatura de un hombre alto y un abrigo gris cuya tela no se movía con el viento. Su rostro era difícil de recordar: cada vez que Tilo trataba de fijarse en él pensaba en una ventana empañada. Traía un olor a piedra fría. No dejó huellas de botas; dejó una capa de escarcha en la madera.

En la frontera se conocían las posadas que podían alojar estaciones. Eran pocas, y todas guardaban la misma regla: una estación solo podía permanecer una noche en cada habitación. Si la pasaban a otra, cambiaba el clima de algún lugar del valle; nadie podía elegir cuál. Por eso la mayoría de los posaderos cerraba la puerta cuando una estación llamaba. Tilo había heredado aquella propiedad con sus cuatro cuartos, pero nunca había recibido una visita así.

—¿Es él…? —preguntó.

—El invierno —contestó la viajera—. Se empeña en quedarse hasta que alguien le dé un recuerdo verdadero de verano.

Tilo pensó en sus relatos. A los huéspedes de la frontera les hablaba de costas cálidas, frutas imposibles y tardes sin sombra. Nunca había visto una de aquellas costas. Las conocía por los mapas de los comerciantes y las historias de los arrieros. Él había nacido entre colinas grises; sus veranos, cuando los había, eran breves y polvorientos. Sin embargo, estaba acostumbrado a venderlos como si fueran un país al que siempre hubiera viajado.

Ofreció una habitación al invierno y otra a la viajera, que se llamaba Iara. Al cerrar la puerta del primer cuarto, los cristales se cubrieron de flores heladas. En las casas próximas empezaron a crepitar los canalones. Tilo comprendió que la regla era verdadera mucho antes de que el huésped pronunciara una palabra.

—Un recuerdo —dijo el invierno desde la oscuridad—. Uno que no me hayan prestado.

Tilo recitó la historia de una playa donde las aguas eran transparentes y nadie tenía frío. Apenas había llegado a la mitad cuando oyó la respuesta:

—Eso lo viste en un dibujo.

Probó con un huerto de melocotones, tal como se lo había descrito un comerciante. El invierno guardó silencio. Después la nieve se acumuló al pie de la puerta. Tilo dejó de fingir y fue a buscar a Iara.

La viajera había extendido su maleta sobre la cama. Dentro no había ropa, sino un puñado de nieve azulada que parecía no derretirse. Contó que llevaba semanas siguiendo al invierno para impedir que cruzara las aldeas bajas, donde las cosechas aún no estaban recogidas.

—Le prometí un verano —confesó—. Pensé que bastaba con recordar el año de más calor.

Relató un campo agrietado, pozos vacíos y animales buscando sombra donde no quedaba ninguna. La gente había llamado verano a aquella época porque necesitaba ponerle un nombre. Duró tanto que las estaciones dejaron de servir para medirla.

—No era un verano —dijo Iara—. Era una sequía. Yo recordaba la sed, no una estación.

Cuando intentó contar aquel recuerdo ante la puerta del invierno, la madera se cubrió de una fina costra blanca. El huésped no lo aceptó. Tilo no sabía si era porque la historia tenía demasiado dolor o porque no correspondía a lo pedido. Desde el pasillo, el invierno aclaró la diferencia:

—Lo que viviste es verdadero. Pero no me estás contando un verano. No basta con poner esa palabra encima.

Al caer la noche empezó a sonar la campana de la aldea. Un molinero llegó hasta la posada para avisar que el agua de su rueda estaba congelándose. La estancia del invierno no era un asunto privado; cada hora hacía más difícil el trabajo de otros. Tilo revisó las cuatro habitaciones. El huésped tenía derecho a permanecer hasta el amanecer en la primera, pero al terminar la noche debía marcharse o cambiar de cuarto. Cada traslado podía llevar la helada a un lugar distinto, incluso a una aldea que nadie veía desde las ventanas.

—Podríamos llevarlo al cuarto más alejado del valle —propuso Iara.

—El cuarto está aquí. La helada no obedece nuestras distancias.

Tilo encendió la lumbre del comedor. Trajo las mantas que tenía y pidió al molinero que avisara a los vecinos para cubrir el huerto común. Algunos llegaron con sacos; otros llevaron a resguardo a los animales pequeños. La gente quería saber quién había traído el frío, pero había demasiado trabajo para discutir culpas delante de la puerta.

Mientras repartían tareas, Tilo recordó un árbol.

Era un recuerdo de cuando tenía nueve años. Había acompañado a su madre hasta el mercado en un día de calor extraordinario. El camino estaba cubierto de polvo y las sandalias se le habían pegado a los pies. A mitad de la subida, su madre lo llevó bajo un fresno junto al pozo. No hubo frutas dulces ni música, apenas el ruido de una cigarra. Ella le humedeció la nuca con agua de una cantimplora y le enseñó a esperar a que bajara el sol. Lo que recordaba con mayor claridad no era el calor, sino la forma fresca de la sombra sobre la tierra.

No era un verano hermoso según los relatos que vendía. Había habido moscas, cansancio y una larga caminata de regreso. Pero aquel día pertenecía a un verano real. Tilo había olvidado mencionarlo porque le parecía poca cosa frente a las islas y jardines de sus cuentos.

Entró en el pasillo y llamó a la puerta.

—No tengo una historia de un lugar lejano —dijo—. Tengo la tarde en que aprendí que una sombra también cambia el día.

Contó el camino de polvo, la sed, el árbol y la mano de su madre sobre su frente. No embelleció el recuerdo. Admitió que había protestado por caminar tanto y que el agua sabía a metal. Al llegar al momento de la sombra, dejó de hablar unos instantes para recordar con exactitud el borde de las hojas moviéndose sobre sus rodillas.

Del otro lado, el invierno respiró.

—Eso sí estuvo allí —dijo.

La puerta se abrió. El huésped salió llevando en la palma una pequeña porción de sombra tibia, como si pudiera doblarla sin romperla. No parecía menos frío, pero ya no exigía otra habitación. Antes de irse se detuvo ante Iara.

—Tu sequía también merece ser contada —le dijo—. Solo que no era lo que te pedí.

Se marchó por el camino del paso sin mirar atrás. El hielo de las ventanas empezó a ceder. Tilo creyó que todo terminaría al instante, pero en el valle aún había charcos duros y ramas blancas. Una helada breve atravesó la aldea antes del amanecer. El huerto común perdió algunas plantas; otras sobrevivieron bajo los sacos. Hubo que reparar la rueda del molino y calentar agua para los animales. Nadie dijo que la estación hubiera dejado un clima perfecto como agradecimiento.

Iara cerró la maleta. Dentro quedaban unos pocos cristales de nieve que se fundieron al contacto con el aire del comedor. Antes de irse, pidió a Tilo que contara menos maravillas imposibles a los viajeros.

—No te estoy pidiendo que renuncies a imaginar —añadió—. Solo que no vendas tus invenciones como recuerdos.

A partir de entonces, Tilo siguió relatando islas que no había visitado, pero anunciaba que eran historias ajenas o invenciones suyas. Cuando los huéspedes preguntaban por el verano de la frontera, hablaba del fresno junto al pozo. Algunos se decepcionaban. Otros salían a buscarlo.

En la posada quedaron cuatro habitaciones y una quinta cosa que antes no tenía: una mesa donde los vecinos se reunían para decidir qué hacer cuando el clima dañaba algo. Ningún recuerdo protegía los sembrados por sí solo. La cooperación, descubrieron, era menos luminosa que la magia, pero servía cuando el hielo no se había ido del todo.

Mucho después, en una tarde soleada, Tilo pasó bajo el fresno ya envejecido. Se detuvo a observar la sombra sobre el suelo. No se parecía a la que conservaba en la memoria: el árbol había crecido y él también. Se sentó de todos modos. Por primera vez, no necesitó que el verano fuera perfecto para reconocerlo.